

- Declaración de Fe -

IBEX INTERNACIONAL

Las Escrituras

Creemos que los sesenta y seis libros del Antiguo y Nuevo Testamento son la revelación objetiva y escrita de Dios y, por lo tanto, constituyen la Palabra de Dios (Hebreos 1: 1-2); que los hombres elegidos por Dios escribieron la Biblia bajo la guía y capacitación del Espíritu Santo; que cada palabra de las autógrafas originales es inspirada por Dios; y, por lo tanto, que todas las Escrituras son inerrantes y autoritativas para la fe y la vida del creyente (2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 1: 20-21). También creemos que las Escrituras son suficientes y, en conjunto con el Espíritu Santo y el cuerpo cariñoso de Cristo, son completamente adecuadas para cada problema espiritual o emocional, y no necesitan ningún suplemento de las psicoterapias seculares (2 Timoteo 3: 15- 17; 2 Pedro 1: 3-4; Salmos 19: 7-11). Además, creemos que la Escritura es la voz fresca y presente de Cristo mediante la cual Él se comunica a través de Su Espíritu Santo a Su pueblo. Por lo tanto, no se necesita ninguna palabra profética reveladora actual (Hebreos 3: 7; 4:12). Creemos que las Escrituras deben ser interpretadas en el sentido literal / gramatical / histórico.

La Deidad

Creemos que Dios es Espíritu infinito, auto-existente, inmutable en su naturaleza, omnipotente, omnisciente (Éxodo 3:14; Juan 4:24; Hebreos 1: 8-10), omnipresente, santo, justo, bueno, amor y verdad. Creemos que Dios existe eternamente como tres personas distintas pero inseparables conocidas como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Juan 1: 1; 10:30; Mateo 28:19). Estos tres son uno en cuanto a su naturaleza, esencia y atributos (Hebreos 1: 3-4; Juan 10:30; 14: 9). El Dios Trino es el creador absoluto y único del universo y su creación fue por *fiat* divino, no a través del proceso evolutivo (Génesis 1: 1; Salmos 33: 6; Colosenses 1: 15-17). Creemos que Dios creó el universo en seis días literales de 24 horas. Cada uno de los miembros de la Deidad es igualmente digno de adoración y obediencia (Lucas 2:14; Hebreos 1: 6), cada uno tiene una función distinta en el propósito eterno de la Deidad, y cada uno es glorificado por la obra de la redención (Efesios 1: 3-14; Juan 17: 1-5).

La Persona y Obra de Jesucristo

Creemos que la segunda persona de la Trinidad es el Hijo, cuyo nombre es Jesús, quien es el Señor y Cristo (Juan 1: 1; 14: 9; Hebreos 1: 3-4). En la encarnación, se hizo hombre a través del milagro de su concepción divina y nacimiento virginal sin cambio alguno en su deidad (Filipenses 2: 5-11; Lucas 1: 34-35; Mateo 1: 20-21). Como el único mediador entre Dios y el hombre (1 Timoteo 2: 5), vivió una vida sin pecado (Hebreos 7:26; 2 Corintios 5:21) y murió una muerte propiciatoria y sustitutiva, sufriendo el castigo total de la ira de Dios para salvar a Su pueblo de sus pecados (1 Pedro 3:18; Romanos 3:25; 2 Corintios 5:21). Creemos que la muerte

de Cristo fue diseñada para ser eficaz solo para los elegidos (Juan 10:15; Efesios 5: 25-27; Apocalipsis 5: 9). También creemos que la muerte de Cristo demostró amor por todos

los hombres, se debe ofrecer a todos, y es suficiente para salvar a todos (Hechos 17:30; Romanos 10: 10-13; Lucas 24: 46-47). Fue enterrado, se levantó corporalmente, ascendió al cielo, y actualmente está cumpliendo su ministerio de intercesión y mediación a la diestra de la Majestad en las Alturas (Romanos 8:34; Hebreos 7:25).

El Espíritu Santo

Creemos que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Deidad, co-eterna y co-igual con el Padre y el Hijo (Juan 14:16; Hechos 5: 3-4; Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14 Aunque el Espíritu Santo estuvo activamente presente en el mundo en el Antiguo Testamento, se convirtió en residente en el mundo el día de Pentecostés enviado por el Padre y el Hijo (Juan 14: 16-17, 26; 15:26). Él convence a los no salvos de su necesidad de Cristo. Él regenera, bautiza, habita y sella a todos aquellos a quienes trae a la fe. Enseña al creyente, a quien conduce a la madurez espiritual a través del conocimiento de Cristo, y lo empodera a través de Su llenura (Juan 16: 7-11; Romanos 5:5; 1 Corintios 12:13; Efesios 3: 16; 4:30; 5 : 18; 1 Juan 2:27). Efectivamente llama y regenera a los elegidos, permitiéndoles ejercer el don de la fe salvadora y recibir a Cristo en todos sus oficios como Salvador y Señor (Filipenses 1:29; Efesios 2: 8-9; Romanos 10: 9; 2 Corintios 4: 5; Juan 1:12; 3: 3- 5; Tito 3: 5; 1 Juan 5: 1).

El bautismo del Espíritu Santo y los dones espirituales

Creemos que en el momento en que el creyente pone su fe en Cristo, es bautizado con el Espíritu Santo y se convierte en un miembro funcional del cuerpo de Cristo (1 Corintios 12: 13,18; Hechos 11:16; Romanos 12: 4-6). Como resultado de este bautismo, el Espíritu Santo imparte un don espiritual; el Señor Jesucristo asigna un ministerio para el cual se utilizará ese don; y Dios el Padre garantiza efectos sobrenaturales cuando el creyente cumple ese ministerio (1 Corintios 12: 4-6; Efesios 4: 15-16). Creemos que algunos de los dones dados en la iglesia durante el ministerio de los Apóstoles estaban directamente relacionados con la fundación de la iglesia y la finalización del Nuevo Testamento y, por lo tanto, ya no se dan; como los dones de profecía, lenguas, y sanidad (Efesios 2: 20-3: 4; Hebreos 2: 3-4; 1 Corintios 14: 37-38; 2 Corintios 12:12). Creemos, sin embargo, que Dios continúa trabajando sobrenaturalmente entre Su pueblo de manera soberana a través de Su providencia.

Salvación

Creemos que la salvación es por la gracia de Dios, que no es merecida ni asegurada, en parte o en su totalidad, por ninguna virtud u obra del hombre (Efesios 2: 8-9; Romanos 11: 6). El único fundamento de la salvación es la persona y la obra de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 3: 24-25; Hebreos 9:26; 10: 10-14). Creemos en la justificación solo por gracia, solo a través de la fe, solo en Cristo y solo para la gloria de Dios. La justificación es el acto judicial de Dios, mediante el cual declara justos a los que han puesto su fe en Cristo. Es un acto final, de modo que el creyente está por siempre y completamente justificado desde el momento de poner su fe en el

Señor Jesucristo (Romanos 5: 1, 9). Por lo tanto, el creyente no espera una justificación declarativa final del último día. La justificación no se basa en la propia justicia del creyente, ni siquiera

en la imputación de la fe misma como la justicia del creyente, sino en una justicia ajena a él: la justicia legal imputada de Cristo solamente (Romanos 4: 3-6, 9-11; 2 Corintios 5:21; Filipenses 3: 9). En la salvación, el creyente es llamado, regenerado, perdonado todo pecado, justificado, adoptado, asegurado eternamente, y dotado de toda bendición espiritual. La salvación es del Señor (Romanos 8:30; 1 Pedro 1: 3; Colosenses 2:13; Romanos 5: 1; Efesios 1: 3-7; Romanos 8:15).

Elección

Creemos que Dios, sin obligación alguna de proporcionar salvación a nadie, eligió incondicionalmente a ciertos individuos para salvación antes de la fundación del mundo (Juan 15:16; Efesios 1: 4; 2 Tesalonicenses 2:13; 1 Corintios 1: 26-30 ; Hechos 13:48). Su elección no se basa en ningún acto o respuesta prevista por parte de los elegidos, sino que se basa únicamente en su propio placer y voluntad soberana (Romanos 3:11; 9: 11-18). No creemos que Dios eligió a otros para el infierno, sino que los pasó por alto, dejándolos a su propia preferencia pecaminosa, que es la auto glorificación y una vida sin Cristo (Mateo 23:37 Romanos 9: 15-15; 10:21; Juan 3: 19- 20).

El Nuevo Nacimiento

Creemos que el nuevo nacimiento es una obra sobrenatural y llena de gracia del Espíritu Santo por la cual se nos da una nueva naturaleza a través de la regeneración (2 Corintios 5:17; Juan 3: 3; Efesios 2 : 4; 2 Pedro 1: 4). Es instantáneo y se logra únicamente por el poder del Espíritu Santo a través de la proclamación de la Palabra de Dios (1 Pedro 1: 23-25). El nuevo nacimiento (una bendición prometida del Nuevo Pacto) incluye la unión con Cristo, un nuevo corazón, nuevos afectos y liberación del poder dominante del pecado (Ezequiel 36: 25-27; Romanos 6:14; Efesios 4: 24; 1 Juan 3: 9-10).

Santificación

Creemos que todo creyente es santificado (apartado) para Dios, declarado santo e identificado como santo (1 Corintios 1: 2). Sin embargo, la santificación es tanto posicional como progresiva (Hebreos 10:14). La santificación posicional tiene que ver con la posición del creyente, no con su caminar o experiencia actual. La santificación progresiva es la obra del Espíritu Santo mediante la cual el creyente es llevado a una santidad cada vez mayor en conformidad con la voluntad de Dios, llegando a ser cada vez más como nuestro Señor Jesucristo (2 Corintios 3:18). Creemos que la santificación es evidencia universal y obligatoria de una justificación que ya es final y completa, y no es en ningún sentido un medio para lograr la justificación (Efesios 2: 10; Santiago 2: 14-15). Creemos que toda persona salva está involucrada en un conflicto diario y de por vida contra la carne (Romanos 7: 14-25; Gálatas 5: 16-17; 1 Pedro 2:11). Si bien la erradicación del pecado no es posible de manera total en este lado del cielo (antes de la realidad futura de la

glorificación), el Espíritu Santo le da poder para la victoria sobre el pecado y un impacto para un ministerio fructífero (Efesios 3:16; 5:18; Hechos 1: 8; 4:31).

Perseverancia de la gracia (Seguridad)

Creemos en la doctrina bíblica históricamente conocida como la “Perseverancia de los santos” a la cual llamaremos “*la perseverancia de la gracia*”. Esto podemos verlo en dos partes: 1) Ningún verdadero hijo de Dios, nacido del Espíritu Santo, se perderá porque es preservado/guardado por el poder de Dios (Romanos 8: 31-39; Juan 10:28; Hebreos 13: 5-5). 6; 1 Pedro 1: 5); 2). Por lo tanto esta doctrina tiene que ver realmente con la perseverancia de Dios con el creyente. Él lo va a guardar hasta el fin.

A la vez, es igualmente cierto que ninguna persona se salva sin perseverar hasta el final. Tal perseverancia puede estar marcada por períodos de desánimo, duda e incluso desobediencia, pero aquellos que son genuinamente salvos serán partícipes de la disciplina amorosa del Padre Hebreos 12:5-7, cuyo fin es que Sus hijos participen de Su Santidad Hebreos 12:10 y así puedan perseverarán hasta el fin en fe y obediencia (1 Corintios 6: 9-11; Filipenses 1: 6; Hebreos 8: 10-11; 1 Juan 3: 9-10; Hebreos 3: 6, 14). Aquellos que comienzan en la fe cristiana pero no continúan dan evidencia de que nunca tuvieron una fe salvífica (1 Juan 2:19; Efesios 5: 5-6).

Por lo tanto afirmamos que Dios en su Soberanía y poder preserva a los creyentes y los hace perseverar hasta el fin.

Creación y caída del hombre

Creemos que Adán fue creado inmediatamente a imagen y semejanza de Dios, aparte de cualquier proceso de evolución (Génesis 1:26; 2: 7). Adán se convirtió en pecador, depravado en la naturaleza y sujeto al poder de Satanás por desobediencia personal a la voluntad de Dios (Génesis 3: 1-6; Romanos 5: 12-19; Juan 8:44; Efesios 2: 2-3). Como nuestro jefe representativo, la culpa del acto de Adán fue imputada a toda la raza humana (Romanos 5: 12-14, 18-19). Su pecado y depravación también se transmitieron a toda la humanidad; Ahora, cada hombre es un pecador por naturaleza, elección y práctica; es culpable ante Dios; y no posee en sí mismo ningún medio de recuperación (Romanos 3: 9-18, 23; Efesios 2: 1-3). El hombre tiene tanto dignidad (ha sido creado a imagen de Dios) como depravación (está corrompido en cada parte de su naturaleza a través de la caída) (Efesios 2: 1; Jeremías 17: 9). Creemos que la depravación del hombre se extiende incluso a su voluntad. Mientras que el hombre es un agente moral libre, eligiendo como le plazca, su voluntad es esclava de su naturaleza pecaminosa. Por lo tanto, siempre elige la oscuridad y no puede y no quiere elegir a Cristo (Juan 3: 19- 20; 5:40; 6:44, 65; Romanos 8: 6-8; Efesios 2: 1, 4).

La Iglesia

Creemos que en esta era, comenzando en Pentecostés, Cristo está construyendo su iglesia en cumplimiento parcial de la promesa mesiánica del Antiguo Testamento, originalmente establecida en el Pacto Abrahámico, de bendecir a todas las naciones a través de la simiente de Abraham (Génesis 12: 3; Gálatas 3: 7-9 ; Isaías 49: 6; Hechos 13:47). Cristo edifica su iglesia llamando a sus elegidos de cada tribu, nación, pueblo y lengua (Romanos 1: 5; Apocalipsis 5: 9). El Espíritu Santo forma y constituye la iglesia al bautizar a los verdaderos creyentes en el único cuerpo espiritual universal que se manifiesta en las iglesias locales (1 Corintios 12:13). La iglesia local ha sido comisionada para predicar la Palabra fielmente, y debe preservar su pureza a través de la disciplina y la práctica las dos ordenanzas del bautismo del creyente y la Cena del Señor (2 Timoteo 4: 2; 1 Corintios 5: 11-13; Mateo 18 : 15-18; 28: 18-19; 1 Corintios 11: 23-26). Los oficios en la iglesia local son ancianos (también conocidos como obispos, sobreveedores y pastores), hombres de Dios a quienes se les encomienda la supervisión y el cuidado de la iglesia y los diáconos (Hechos 20:17, 28; 1 Timoteo 3:1- 13; 5:17; Tito 1:5). Los pastores, según La Palabra, son los mayordomos y oficiales terrenales de La Iglesia del Señor.

Tanto el hombre como la mujer son dotados por el Espíritu Santo con diferentes dones, sin embargo, el papel de liderazgo, particularmente el pastorado y diaconado, es específicamente para el hombre aprobado según los estándares de Las Sagradas Escrituras del Señor de La Iglesia, y no para las mujeres (1 Timoteo 2:12-15).

Una Iglesia neo testamentaria del Señor Jesucristo es una iglesia local autónoma de creyentes bautizados, unidos por una misma fe y comunión en el evangelio; observando las dos ordenanzas de Cristo (La Santa Cena y el Bautismo), gobernados por Su Palabra, ejerciendo los dones espirituales, derechos, y privilegios investidos sobre ellos por Las Escrituras, y buscando extender el evangelio hasta lo último de la tierra.

En cada congregación, cada miembro es responsable y debe rendir cuentas ante Cristo como su Señor.

El Bautismo y La Cena del Señor

El bautismo cristiano es la inmersión del creyente en el agua en el nombre del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Es un acto de obediencia que simboliza la fe del creyente en el crucificado, enterrado, resucitado y exaltado Salvador; la muerte del creyente al pecado, el entierro de la vieja vida, y la resurrección para andar en novedad de vida en Cristo Jesús. Y es también un testimonio de su fe en la resurrección final de entre los muertos.

Siendo esta una ordenanza del Señor, es requerida para formar parte de la membresía en esta iglesia local.

La Cena del Señor es un acto simbólico de obediencia, donde los miembros de la iglesia toman parte del pan y el vino, recordando la muerte y resurrección del Redentor, y anticipando Su segunda venida.

Satán

Creemos que Dios creó una gran hueste de seres espirituales variados, y uno llamado Satanás (Lucifer) cayó al pecar contra Dios y llevó consigo una gran cantidad de ángeles (Ezequiel 28: 11-18; Mateo 25:41). Él es el autor del pecado y el instigador en la caída de Adán y Eva (Génesis 3: 7-6). Satanás es el enemigo de Dios, el acusador del pueblo de Dios, y está constantemente activo en oponerse a la obra y al pueblo de Dios (Efesios 6: 10-13; 1 Pedro 5: 8). Satanás fue juzgado en la cruz, y su destino final es el lago de fuego (Juan 12:31; Mateo 25:41; Apocalipsis 20:10). También creemos que el creyente es removido de la autoridad y el dominio de Satanás y que si bien un verdadero creyente puede ser objeto de severa opresión y ataque, no puede ser habitado físicamente por un demonio (Juan 17:15; Colosenses 1:13; 1 Juan 4 : 4; 5:18).

Eventos futuros

Creemos que al morir, el espíritu del creyente pasa inmediatamente a la presencia de Cristo y permanece allí con gozo consciente hasta el Rapto cuando él, junto con aquellos creyentes físicamente vivos (1 Tesalonicenses 4: 13-17), recibirá un cuerpo de resurrección (1 Corintios 15: 12-58; Filipenses 3: 20-21). Creemos que el Reino Mesianico prometido del Antiguo Testamento viene al mundo en dos aspectos. Cristo instituyó su aspecto espiritual en su primera venida (Hechos 2: 30-36; Hebreos 1: 2), pero su aspecto final se cumplirá en un reino terrenal sobre toda la tierra en cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento de un Israel restaurado. Creemos en el regreso pre-milenial del Señor Jesucristo personal y corporalmente como Rey de Reyes y Señor de Señores (Mateo 24: 29-31; 2 Tesalonicenses 1: 9-10; Hechos 1:11; Apocalipsis 19: 11-21) . Su segunda venida se presenta en el Nuevo Testamento como cercana o inminente, aunque su tiempo es desconocido para los hombres (1 Tesalonicenses 1:10; Tito 2:13). Los dos elementos de su venida final, normalmente designados como Rapto y la Manifestación de Cristo, son claros, aunque a menudo no se mencionan con distinción en el Nuevo Testamento (1 Tesalonicenses 2:19; 2 Tesalonicenses 2: 1, 8; 2 Timoteo 4: 1; Tito 2:13). El momento del Rapto en relación con la Tribulación está abierto a varias interpretaciones diferentes. Creemos en una Rapto pre-tribulacionista. La tribulación será seguida por el regreso de Cristo a la tierra para reinar por 1,000 años (Apocalipsis 20: 1-7). Después del Milenio, ocurrirá el Juicio del Gran Trono Blanco. Los espíritus de los no regenerados en la muerte física también continúan en existencia consciente, pero en tormento, hasta la resurrección final que será seguida por el Juicio final del Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20: 13-15). Los no salvos serán arrojados al lago de fuego y experimentarán la separación eterna y el castigo consciente y eterno (Daniel 12: 2-3; Mateo 25: 31-46; Juan 5: 19-29; 2 Tesalonicenses 1: 6-11).

El Rapto de la Iglesia— Enseñamos el regreso personal y corporal de nuestro Señor Jesucristo antes del periodo de siete años, conocido como la tribulación (1 Tesalonicenses 4:16; Tito 2:13), para arrebatarse a Su Iglesia de esta tierra (Juan 14:1-3; 1 Corintios 15:51-53; 1 Tesalonicenses 4:15-5:11) y, entre este evento y Su Glorioso regreso con sus santos, para recompensar a cada creyente de acuerdo a sus obras (1 Corintios 3:11; 2 Corintios 5:10).

El Periodo de Tribuación— Enseñamos que inmediatamente después de la Iglesia ser arrebatada (Juan 14:1-3; 1 Tesalonicenses 4:13-18), el justo juicio de Dios será derramado sobre

el mundo impío (Jermías 30:7; Daniel 9:27; 12:1; 2 Tesalonicenses 2:7-12; Apocalipsis 16), y que el climax de estos juicios será el regreso en gloria del Cristo a la tierra (Mateo 24:27-31; 25:31-46; 2 Tesalonicenses 2:7-12). Cuando eso suceda el mundo será juzgado, y los santos tanto del Antiguo Testamento como los que fueron martirizados en la tribulación serán resucitados, (Daniel 12:2-3; Apocalipsis 20:4-6).

Todo este periodo es también conocido como la semana setenta de la profecía de Daniel (Dan. 9:24:27; Mateo 24:15-31; 25:31-46).

La Segunda Venida y el Reino Milenial— Enseñamos que después del periodo de la tribuación, Cristo regresará a la tierra para ocupar el Trono de David (Mateo 25:31; Lucas 1:31-33; Hechos 1:10-11; 2:29-30) y establecer Su Reino Mesianico en esta tierra por mil años (Ap. 20:1-7).

Durante este tiempo, los santos resucitados reinarán con Él sobre Israel y todas las naciones de la tierra (Ezequiel 37:21-28; Daniel 7:17-22; Apocalipsis 19:11-16). Este Reino será precedido por el derrocamiento del Anticristo y el Flaso Profeta, y el removimiento de Satanás de este mundo (Daniel 7:17-27; Apocalipsis 20:1-7).

Enseñamos que El Reino Milenial mismo será el cumplimiento de la promesa de Dios a Israel (Isaías 65:17-25; Ezequiel 37:21-28; Zacarías 8:1-17) para restaurarlos a la tierra de la cual ellos perdieron derecho temporalmente por su desobediencia (Deuteronomio 28:15-68).

El resultado de la desobediencia de Israel es que ellos han sido en parte y temporalmente endurecidos (Mateo 21:43; Romanos 11:1-26), pero serán nuevamente despertados al arrepentimiento para entrar en la tierra de la bendición y promesa (Jermeías 31:31-34; Ezequiel 36:22-32; Romanos 11:25-29).

Enseñamos que este tiempo en el que nuestro Señor reine será caracterizado por paz, justicia, armonía, y larga vida (Isaías 11; 65:17-25; Ezequiel 36:33-38). El Reino Milenial finalizará con la liberación de Satanás (Apocalipsis 20:7).

El Juicio de los Impíos— Enseñamos que luego de la liberación de Satanás al final del Reino Milenial de Cristo (Apocalipsis 20:7), Satanás engañará a las naciones de la tierra y los reunirá para pelear contra los santos y la ciudad amada, y él y su ejercito serán devorados por fuego del cielo (Apocalipsis 20:9).

Siguiendo a esto, Satanás será arrojado al lago de fuego y azufre (Mateo 25:41; Apocalipsis 20:10), y Cristo, que es el Juez de todo hombre (Juan 5:22), resucitará y juzgará a los grandes y pequeños en el Juicio del Gran Trono Blanco. Enseñamos que esta resurrección de los impíos para juicio será una resurrección física, después de la cual serán condenados y arrojados por la eternidad al lago de fuego y azufre (Mateo 25:41; Apocalipsis 20:11-15).